

LITERATURA Y EROTISMO  
EN EL GRAN VIAJE DE FLAUBERT

ANTONIO ÁLVAREZ DE LA ROSA  
*Universidad de La Laguna*

*¡Pobres de nosotros! ¡Cómo nos apegamos a las cosas!  
Es sobre todo al viajar cuando se siente la melancolía  
de la materia, que no es más que la de nuestra alma  
proyectada sobre los objetos. He llegado a llorar al de-  
jar un paisaje.*

Flaubert a Leroyer de Chantepie, 18-II-1859

En su casi permanente soledad, Flaubert hizo de su intimidad creadora un constante viaje, real en ocasiones, imaginario la mayoría de las veces. Su situación económica y la fiebre viajera de la época le hubiesen permitido conocer muchos más países de los que visitó. No fueron pocos, sin embargo. Si exceptuamos las escapadas a París, a unos cien kilómetros de su guarida de Croisset, sobre todo tras la publicación y éxito de *Madame Bovary* (1857), las estancias en albergues termales para remendar su salud y su breve paso por Bruselas y Londres, los únicos cinco auténticos viajes que emprendió en su vida son, por orden cronológico, el efectuado a los Pirineos y a Córcega, el realizado a Italia, acompañando a su recién desposada hermana, el viaje a pie junto a su amigo Maxime du Camp por la Bretaña profunda, el que tendrá a Egipto como destino y núcleo, y el corto regreso en 1858 al apetecido Oriente —en este caso, Argelia y Cartago— para empaparse sobre el terreno del decorado de su ya iniciada *Salammbô*. Nos detendremos en el penúltimo no sólo por su duración, sino por la importancia que habría de tener en su vida y, desde luego, en su obra literaria.

El primero es un aperitivo. En el otoño de 1840, o sea, casi a punto de cumplir veinte años, Flaubert obtiene el título de bachiller. Dado su frágil estado de salud, como recompensa y como medida terapéutica, los padres le ofrecen un viaje, en

compañía del doctor Cloquet, un viejo amigo de la familia, por los Pirineos, la Provenza y el Mediterráneo hasta Córcega. De este viaje, nos fijamos en dos aspectos. El primero cumple con esa especie de ley de lo imaginario que analiza Bachelard con su finura habitual: «*se sueña antes de contemplar. Antes de ser un espectáculo consciente todo paisaje es una gran experiencia onírica. Solo se miran con una pasión estética los paisajes que hemos visto primero en sueños*»<sup>1</sup>. Es decir, recordar lo desconocido, verlo antes con la retina de la imaginación que con la de los ojos. Al igual que le ocurrirá en su viaje a Oriente, también en esta ocasión se sorprende, y así lo recoge en el *Viaje a Córcega* cuando califica su sorpresa ante un espectáculo insólito «*como un recuerdo de cosas que no había visto*». El segundo tiene que ver con la huella que supuso en Flaubert la ardiente aventura sexual ocurrida a su paso por Marsella con Eulalie Foucaud, la rotunda criolla que, en el sur geográfico, le despejará la hojarasca romántica del camino sexual y que habría de permanecer largo tiempo en la memoria del escritor.

En marzo de 1845, se casa *su* Caroline, la hermana pequeña adorada. La pareja emprende un viaje acompañada, como mandan las conveniencias de la época, por Gustave y por sus padres. Retengamos de este viaje el descubrimiento del cuadro de Brueghel, *La tentación de San Antonio*, o más bien el calambrazo estético de Flaubert ante esa pintura que dará origen a la larga y tortuosa gestación de la obra del mismo título. Es tan obsesiva esa imagen que la describirá de memoria en sus cuadernos de viaje. Aquí está otra vez, dicho sea de paso, la llamada del Oriente, del antiguo Egipto. De nuevo, un viaje preparatorio del gran viaje. El 13 de mayo de 1845 y desde Milán le escribe a Alfred Le Poittevin, su amigo del alma: «¿cuándo iremos a tumbarnos boca abajo sobre la arena de Alejandría?».

La tercera salida extramuros, la primera que realizará con su amigo Maxime du Camp, es ya como una ventana entreabierta sobre paisajes soñados. El año 1846 está marcado en negro en el calendario de su vida: pérdida de su padre y de su hermana, alejamiento físico de dos amigos, pilares esenciales de su vida: Ernest Chevalier y Alfred Le Poittevin. Por fortuna, le queda du Camp, joven ambicioso y ya experimentado viajero. El 10 de mayo de 1847 ambos emprenden, mochila al hombro, a pie o en diligencia, un itinerario plagado de puntos históricos, artísticos, arqueológicos, lugares que una buena guía turística calificaría de «imprescindibles». De esa andadura saldrá un libro, *Par les champs et par les grèves* (Por los campos y las playas), cuyos capítulos impares están redactados por Flaubert y a cuya edición ambos renunciarán. De nuevo y desde las primeras líneas la nostalgia del futuro, el anuncio del gran sueño viajero: «Para otro momento, para más adelante, los grandes viajes a través del mundo, a lomos de camellos sobre montañas turcas...»<sup>2</sup>.

1. *El agua y los sueños*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 12.

2. *Par les champs et par les grèves*, Ed. Complexe, Paris, 1989, p. 35.

Llegamos así a la encrucijada de la vida y la obra de Flaubert. Dieciséis meses después de haber comenzado la redacción de su obra *La tentación de San Antonio*, exactamente el 12 de septiembre de 1849, un Flaubert ilusionado convoca a sus amigos Bouilhet y du Camp para leerles el producto de su imaginación desbordante. El primero, tímido pero inflexible en sus comentarios críticos, le lanza, tras cuatro días de lectura a razón de ocho horas por jornada: «Pensamos que hay que tirar eso al fuego y no volver a mencionarlo». Esa terrible decepción tendrá dos consecuencias: replantearse su obra (no olvidemos que aún no había publicado nada) y minar la decidida oposición de su madre a que emprendiera un viaje tan largo como el que proyectaba hacer con du Camp por el Oriente Medio. Está a punto de iniciarse el decisivo cambio en la vida y en la obra de Flaubert. Según cuenta más tarde Maxime du Camp, el escritor le habría confesado: «Estaba invadido por el cáncer del lirismo y vosotros me operásteis; a tiempo, desde luego, pero grité de dolor». A su regreso, la brújula literaria habrá encontrado su norte.

Du Camp y Flaubert salen de París el 29 de octubre de 1849 y, tras haberse detenido tres días en Marsella, llegan a Alejandría el 15 de noviembre. Esquemáticamente reseñado, el itinerario por tierras egipcias será el siguiente: estancia de más de una semana en el delta del Nilo y llegada al Cairo en barco; visita de la ciudad durante unos diez días y excursión emocionada a las pirámides, en cuyo entorno permanecen acampados dos días y regreso al Cairo para festejar el vigésimo octavo aniversario de Flaubert. La llegada de las lluvias les obligará a permanecer dos meses en la capital, desde el 13 de diciembre de 1849 al 5 de febrero de 1850. Empiezan los preparativos para el gran viaje por el Nilo que durará cuatro meses, adentrándose lo más posible en Nubia para volver de nuevo a El Cairo el 25 de junio. Aquí los dos amigos se detienen brevemente antes de regresar a Alejandría, en la que descansan durante dos semanas. Por fin, el 17 de julio salen para Beirut. A partir de ahí, recorren Tiro, San Juan de Accra, Jerusalén, para llegar a Damasco el 1 de septiembre. Continúan el periplo por Trípoli, Beirut, Rodas, Esmirna, hasta tomar un navío con rumbo a Constantinopla, donde desembarcan el 13 de noviembre. La estancia en la ciudad turca se prolonga casi un mes, y llegan a Atenas el 18 de diciembre. Visitan los lugares míticos —Eleusis, Maratón, Delfos, etc.— hasta el 10 de febrero de 1851, fecha en que emprenden el regreso a Italia.

El largo viaje a Oriente, que pudo haber sido más duradero de no ser por la férrea oposición materna, no es más que la realización de un sueño largamente gestado desde la adolescencia, e invocado en los textos de Flaubert. Aunque la magia viajera aparece en forma atenuada en *Memorias de un loco* (1839), ya en *Noviembre*, su novela juvenil más importante —escrita entre los diecinueve y los veintiún años, es decir, entre 1840 y 1842—, está claramente expresado el firme deseo de huir, de viajar, a través del velo ensoñador que cubre al personaje, teñido de autobiografía. Oriente es una imagen casi obsesiva que planea sobre la obra

primeriza: «Como la hoja que se agita al caer y vuela con el viento, así querría volar yo,irme, partir para no volver, no importa a dónde, con tal de dejar mi país; la casa me pesa sobre las espaldas». La imaginería orientalista que empapa el siglo XIX en Francia asoma rápidamente y así, a continuación, Flaubert se extiende en una larga descripción viajando sobre la alfombra mágica de la ensoñación: «(Oh, sentir que te doblas sobre el lomo de los camellos, ante ti un cielo enrojecido, una arena oscura, el resplandeciente horizonte que se alarga, las superficies que ondulan (...) Al anochecer se plantan las estacas, se levanta la tienda, se da de beber a los dromedarios y te acuestas sobre una piel de león, enciendes hogueras para alejar a los chacales a los que se escucha gañir al fondo del desierto»<sup>3</sup>. Sudán, la India, China, Andalucía, Italia, el Nuevo Mundo desfilan febrilmente en este largo viaje imaginario, por instantes lujurioso, y lleno por supuesto de todos los tópicos coloristas del momento.

Reinstalado en Croisset en junio de 1851, comienza a digerir lo que ha sido un atracón de impresiones, de olores, colores, sabores, de arte y de erotismo; el impacto de un mundo que ya empezaba a cambiar tras haber estado detenido durante siglos. El interés de Flaubert es captar el choque entre dos civilizaciones, mostrar cómo el contacto de Occidente pervierte el Oriente y cómo de esa confrontación surgirán en el futuro, o sea en el siglo XX, guerras de difícil solución...: «Las guerras de razas quizá van a recomenzar. Antes de un siglo se verá a varios millones de hombres matarse entre sí en una sesión. Todo el Oriente contra toda Europa, el mundo antiguo contra el nuevo». Así de categórico y de premonitorio es el tono de la carta enviada a George Sand, y fechada el 3 de agosto de 1870.

Pasado por la trituradora de la escritura, el Oriente contemplado le servirá de atalaya —la famosa impersonalidad flaubertiana— para escudriñar la provincia. Una vez que su ansia de lo ilimitado ha quedado medianamente satisfecha, lo local se hace universal. Sin ese baño de antigüedad, de exotismo y, sobre todo, de infinitud, quizá no pueda concebirse la gestación y posterior desarrollo de *Madame Bovary*. Como es sabido, hasta ese viaje Flaubert no dominaba las riendas de su escritura desbocada. Toda su producción había sido un borbotón incontrolado de imágenes, cuadros llenos de demasiadas figuras que impiden ver lo esencial. El viaje supone una muda de piel tan determinante que, según cuenta Maxime du Camp en sus *Souvenirs littéraires*, es en los confines de la Nubia inferior donde Flaubert grita: «¡Eureka, Eureka! La llamaré Emma Bovary».

El viaje incide también en la formación del escritor. Sus impresiones de viajero, tan alejadas del raquitismo visual del turista moderno, son el primer laboratorio estilístico en el que Flaubert practicará lo que, pocos años después, será su

3. «Novembre» in *Oeuvres*, t. II. Gallimard, éd. de la Pléiade, 1952, pp. 525-526. (Existe edición española, Muchnik editores, Barcelona, 1987, reedición de 1994, pp. 120-121. Trad. de Ricardo Cano Gaviria).

regla de oro novelística, su particular premisa, aquella que consiste en defender el sagrado principio de la impersonalidad: situarse «como Dios en el universo, presente en todas partes y visible en ninguna» (carta a Louise Colet del 9-XII-1852), y negarse a ser juez, a concluir. Su pluma-esponja es capaz de absorberlo todo, negándose a imponer su propia visión de hombre occidental sobre el comportamiento diferente de otra sociedad. No hay alabanzas ni condenas en sus notas de viaje —la correspondencia es otra cosa—, sino el frío y el calor de una profunda curiosidad sobre la vida cotidiana del Egipto que le tocó ver. Un solo ejemplo, la descripción de un hospital del Cairo, puede servir para confirmarlo: «bien conservado (...), bonitos ejemplos de sífilis. En la sala de los mamelucos de Abbas varios la tienen en el culo; a una señal del médico, todos se ponían de pie sobre sus camas, desataban el cinturón del pantalón (era como una maniobra militar) y se abrían el ano con los dedos para enseñar sus chancros»<sup>4</sup>. Y así toda una serie de impresiones observadas y recogidas con una aparente frialdad notarial.

Otra de las grandes consecuencias del viaje a Oriente tiene que ver con la imagen de la mujer y con la fascinación de Flaubert por la prostitución. Vayamos por partes para poder entender las connotaciones que en ese sentido habrían de derivarse. Lo que los artistas de la generación romántica conocen por «Oriente» es, en realidad, lo que hoy denominamos «Oriente Medio»: Egipto, Palestina, Líbano, Siria, Turquía y Grecia.

Puede decirse que, desde su adolescencia, se produjo el encuentro con el soñado Oriente. Ya a los doce años, por sólo mencionar un hecho entre tantas manifestaciones pictóricas y literarias, Flaubert contempla embelesado el hoy famoso obelisco de la plaza de la Concorde, atracado en los muelles de Ruán, camino de París. Todas las lecturas, incluida la de *Les Orientales* de Victor Hugo, siguen sin saciar su sed, la aumentan incluso. Ese lejano paisaje físico y humano está firmemente enraizado en su imaginaria, desde las Pirámides al Partenón, desde el nacimiento de las grandes religiones a esas costumbres misteriosas, desde el exotismo al erotismo.... Toda una mitología que sólo el viaje real podrá ir decantando.

Esquematisado ese decorado, puede abordarse lo que ahora nos interesa: la imagen de la mujer oriental tan fundamental en su vida amorosa y en su salud. Ya en *La Tentación de San Antonio* aparece, por ejemplo, la reina de Saba, como arquetipo de esa hembra fascinante, en una secuencia torturadora para el pobre eremita que «se queda inmóvil, más tieso que una estaca, pálido como un muerto». Este es su retrato perturbador: «Su vestido de brocado de oro, dividido regularmente por falbalás de perlas, de azabache y de zafiros, ciñe su talle con un cinturón estrecho, realzado con aplicaciones de color, que representan los doce signos del Zodíaco (...) Una cadena plana de oro, que le pasa bajo la barbilla sube por sus mejillas, se enrolla en espiral alrededor de su peinado, espolvoreado con

4. *Voyage en Egypte*. Ed. de Pierre-Marc de Biasi. Grasset, Paris, 1991, p. 229.

polvo azul, luego, al caer, le roza ligeramente los hombros y acaba atándose en su pecho a un escorpión de diamante, que saca la lengua entre sus senos»<sup>5</sup>. Y del sueño literario a la realidad viajera.

Todo el trayecto está jalonado de encuentros amorosos. Son pocos los altos en el camino viajero que no aumenten la contabilidad sexual de Flaubert y su enfermedad venérea. En sus notas el escarceo amoroso está narrado literariamente, digamos, pero en la correspondencia con sus íntimos hay hasta jactancia al enumerar las cantidades, las proezas de su conocido ardor y las inconveniencias sanitarias... De todos los encuentros interesa uno: el que tuvo con Kuchuk-Hânem el 6 de marzo de 1850. Aunque durante mucho tiempo ha persistido la idea de que fue esta prostituta la que le transmitió la sífilis —una de las causas de su muerte—, está demostrado que la contrajo meses más tarde en Damasco<sup>6</sup>.

En el meollo del misógino Flaubert la prostitución ocupa un lugar ambiguo y oscilante. En un extremo está la búsqueda, exhaustiva en ocasiones, del puro placer físico. En otro, más esporádico, la exaltación sentimental cuando reflexiona sobre la condición de esas mujeres. Dicho sea esquemáticamente, en su visión de la prostitución hay algo mucho más profundo que lo que denota la machista conversación en el bar con los amigos. Y ahí se encuentra el poso que le dejarán sus numerosas visitas a los burdeles orientales. Su visión de novelista, la «canibalización» (Vargas Llosa) de la vida, lo convierten en un espectador-vampiro. Además de sus visitas a los *meublés* franceses, no puede ignorarse el impacto que para él supuso el encuentro con Kuchuk-Hânem, grabado para siempre en las neuronas literarias del novelista; memoria imperecedera no sólo por lo que le cuenta, acto seguido, a su íntimo amigo Louis Bouilhet, sino por la rememoración que hará en una carta dirigida, tres años después, a Louise Colet (27-III-1853). Su amante, escandalizada tras haber leído las inéditas notas de su viaje a Egipto, le reprocha el tono escatológico y desde luego el que no aparezca un mínimo recuerdo suyo. La respuesta de Flaubert es muy larga, pero entresacaré lo que ahora nos interesa: su doble visión, ese equilibrio que proporcionan los contrarios: «*Lo que me gusta del Oriente (...) es esa grandeza que se ignora y esa armonía de las cosas discordantes (...). Me dices que las pulgas de Kuchuk-Hânem te la degradan; a mí era lo que me encantaba. Su olor nauseabundo se mezclaba con el perfume de su piel chorreando sándalo. Quiero que haya una amargura en todo, eternos silbidos en medio de nuestros triunfos y que incluso la desolación esté en el entusiasmo (...). Solo le hago un reproche a la prostitución, y es que sea un mito. La mujer mantenida ha invadido el desenfreno, como el periodista la poesía: nos ahogamos en las medias tintas*». Poco después, el 1 de junio, le agregará la misma idea

5. *La Tentación de San Antonio*. Ed. Siruela, Madrid, 1988, p. 68. Trad. de Elena del Amo.

6. Cf. al respecto, DOUCHIN, Jacques-Louis; *La vie érotique de Flaubert*. Carrere-J.J. Pauvert, Paris, 1984, pp. 118-119.

para remachar la encrucijada de verdades y sensaciones que se sienten entre las paredes de un burdel: «*En esta idea de la prostitución hay un punto de intersección tan complejo: lujuria, amargura, nulidad de relaciones humanas, frenesí del músculo y tintineo del oro, que si miramos su fondo, se produce el vértigo y ¡aprendemos tanto!*».

Esa andadura por Egipto en la que nos hemos detenido brevemente demuestra que ahí está, en gran medida, el viaje sin retorno de su vida, incluida la amorosa, y de su obra. Emma Bovary viajó con la imaginación antes y después de la dura realidad de su matrimonio. Desde la fortaleza que siempre fue la casa de Croisset, también parece cumplirse en Flaubert ese verso de Pierre-Jean Jouve: «*porque estamos donde no estamos*». Su guarida nunca tendrá fronteras y es fácil comprobar en su amazónica *Correspondencia* las continuas alusiones al deseo de emprender un largo viaje, terapia física o imaginaria para curar el hastío por la vida real. La cantera de recuerdos e impresiones que acumuló en su periplo egipcio le servirá de material para construir toda la pirámide novelística posterior.